



[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

© 2016, Carlos Fortea

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-155-5

Depósito legal: M-37.914-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: marzo de 2016

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega  
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**A tumba  
abierta**  
**Carlos  
Forteza**

loqueleg

*Para Esther,  
punto en el que confluyen todas las líneas,  
inagotable fuente de luz.*

Todas las épocas son iguales. Que te digan que busques un mensaje cifrado en un templo egipcio o que lo busques en un cementerio en tu propio siglo nada cambia en el hecho de que te han puesto a hurgar entre los muertos.

No me gusta hurgar entre los muertos. Cuando empecé a dedicarme a esto pensaba a partes iguales en un desafío a la inteligencia y en un deporte de aventura, algo así como un ajedrez viviente en el que, con suerte, uno representara el papel de la dama.

Nada de eso me estaba pasando entonces. Metido en aquel archivo, entre miles de papeles polvorientos («Lo siento, pero el archivo antiguo aún no está digitalizado»), me sentía hurgando entre muertos como un escriba egipcio entre los rollos de la biblioteca de Alejandría, sin la menor expectativa de una trampilla oculta y un pasadizo secreto, y menos aún una dama de largos cabellos rubios y largos vestidos blancos, con un ancho cinturón posado sobre las caderas.

Solo polvo y ácaros del polvo, y un investigador que se abre camino entre los legajos como lo haría una tuneladora por el subsuelo de una ciudad remota.

Me habían encargado rastrear una herencia. Reliquias, intereses económicos; si tenía mucha suerte, alguna colección de monedas antiguas.

8 Bueno, es verdad que mi clienta era rubia. Tenía una lacia melena hasta las clavículas, alrededor de cuarenta años, unos ojos oscuros e inteligentes y una nariz y una boca demasiado grandes. Quizá eso afilaba la mirada, y le daba a su gesto una expresión no del todo feliz cuando no sonreía. Vestía ropa informal —vaqueros, camiseta celeste y rebecca del mismo color—, y cuando sí sonrió su sonrisa fue triste.

—Pensará usted que soy otra de esas locas que creen que van a encontrar un tesoro —dijo.

Me costó trabajo no mover ni una ceja. Era justo eso lo que pensaba, y no por pura casualidad: ya me había topado antes con soñadores de ambos sexos que pensaban que iban a descubrir ignotas sorpresas ocultas en su árbol genealógico, que probablemente les permitirían reclamar el acceso a un marquesado. En una ocasión había sido cierto, y el beneficiario casi se había desmayado al saber que, en efecto, tenía un título nobiliario, pero sus ascendientes habían arruinado a la familia. No había fincas cubiertas de maleza en ningún registro de la propiedad de ninguna provincia, ni castillos cerrados con llaves herrumbrosas por última vez hacía doscientos años.

—Por supuesto que no —respondí cortésmente.

Durante un instante se me pasó por la cabeza la idea de que iba a llegar tarde a mi cita con los chicos. Todos los miércoles quedo con mis compañeros de facultad, que

ahora son abogados y funcionarios importantes, para que se rían un poco más de mis aventuras de criminólogo autónomo. De verdad que se ríen.

Entendámonos. Si mi trabajo no resulta rentable, la culpa no es de mi trabajo, sino mía, por haber tomado las decisiones menos inteligentes. No me gustan las decisiones inteligentes. Conducen a una vida previsible.

Y tampoco se ríen de mis penalidades. Se ríen porque saben que elegí este oficio buscando poner a prueba mis capacidades, y a lo que me dedico es a rastrear herencias.

—Es usted muy amable.

Asentí amablemente con la cabeza, para estar a tono con la observación, y me disponía a seguir escuchando cuando entró una versión joven de mi clienta. No tenía el pelo tan rubio como ella, sí sus ojos oscuros e inteligentes —nunca he visto unos ojos tan idénticos a otros— y su nariz y su boca no eran demasiado grandes. Eran perfectas. No vestía de manera informal —de hecho, llevaba una falda estrecha y una blusa con tantos volantes rizados como un repollo, y zapatos, y eso que estaba en su propia casa— y no pude saber si su sonrisa era triste o no, porque no sonrió ni un poco al verme.

—Mi hija Bárbara —presentó mi clienta.

Me levanté para estrechar su mano. Mucho más cálida que su expresión. Le calculé dieciocho años.

—Diecisiete —dijo.

Sin soltarle la mano, alcé los ojos. Me encontré con los suyos mirándome. No fui capaz de responder deprisa algo que pudiera encubrir la sorpresa, así que gané tiempo.

—¿Cómo?

—He dicho que tengo diecisiete años. Todo el mundo se queda preguntándose cuántos años tengo, así que le ahorro el esfuerzo.

Le solté la mano. La madre la miraba con aire contrito, pero no dijo nada.

—Gracias por la información —dije al fin.

Se sentó en una silla y cruzó las piernas tal como cabía esperar que lo hiciera.

10 —De nada —dijo—. ¿Ha encontrado algún perro perdido hoy?

—¡Bárbara!

La criaturita tenía ganas de bronca. Me pregunté si le molestaba mi aspecto informal, parecido al de su madre, o si no le gustaban los humanos en general.

—Uno, pero ya estaba muerto —dije, para darle motivos.

—¿Llegó demasiado tarde?

—Pues sí. Es la historia de siempre.

Mi clienta nos miraba con expresión de espanto. Era obvio que, si podía haber algo peor para ella que las impertinencias de su retoño, era que alguien le siguiera el juego. Lo malo es que a mí las impertinencias me provocan. Alcé el brazo derecho y señalé con el dedo índice hacia su falda:

—Siento decirte que se te ha caído un botón.

Blanco. Se miró el muslo izquierdo como si acabara de picarle una avispa. La falda se cerraba con tres botones, y el del centro se había caído hacía poco. Aún se veían



los hilos en el feo arco de la prenda tensada entre los dos botones supervivientes. La vi ruborizarse con un color de grana que satisfizo mis peores instintos.

Pensé que en ese instante se levantaría para marcharse, pero me equivoqué. No era fácil hacerle perder la brújula.

—Gracias por la información —me imitó—. ¿Le ha dicho ya mi madre lo que quiere?

—Algo me ha dicho.

—¿Y qué opina?

—Lo que le he dicho a ella.

Sentí pena por la madre. Asistía al combate de esgrima en total silencio, con expresión que había pasado de la inquietud a la angustia.

—¿Ha aceptado el encargo?

Hay momentos que sellan un destino. La realidad era que yo aún no había contestado nada. No sabía si me iba a interesar meterme en ese lío de legajos muertos y personas pasadas. Pero aquel repollo desafiante me estaba retando, y yo aún no había aprendido a rechazar un reto.

—Por supuesto que sí —respondí.

Mi gente me estaba esperando en el Hugo, como todos los miércoles, y como todos los miércoles llegué tarde, y disfruté de la conocida escena de la mesa con Bea, Andrés, Marta, Julio y Paula mirándome con unánime sonrisa, que yo tenía que soportar con la única ayuda de mi propia mirada y mis propios dientes como réplica.

—Ha llegado el hijo del viento.

—El rápido.

—El puntual.

El coro de saludos habitual. Me incliné como siempre a repartir besos, mientras estrechaba con las manos libres las de mis colegas varones. Me encanta repartir besos. Incluso me encanta estrechar manos. Soy hombre de contacto.

12

Llevábamos juntos desde primero. Entre tanto, mi rubísima Bea de cara de niña se había convertido en una jovencísima abogada en un despacho enorme con cien colegas y mil secretarias, y se pasaba la vida imponiéndose para que no la tomaran por la última mona. Andrés había llevado sus negros pelos de punta a un bufete a medias con Paula, que le daba un toque de seriedad al negocio, y Julio había hecho unas oposiciones de abogado del Estado, que era lo que todos le pronosticaban desde segundo de carrera. Y luego estaba Marta...

Trabajaba en el turno de oficio. Su larga y cobriza melena de puntas rizadas enmarcaba una cara ancha y pálida y unos labios rojísimos que apuntaban a mí desde hacía mucho tiempo. Yo sabía que le gustaba. Y la verdad es que la quería mucho, tenía una ciega confianza en ella, pero nunca había sentido la necesidad de cruzar la frontera de la amistad. Podía darme cuenta de que estaba preciosa esa tarde, con su jersey negro ceñido de cuello alto y su falda de rayas de colores, pero no podía ir más allá. Lo siento.

—A ver, Indiana Jones, cuéntanos tu aventura de la semana.

—Déjame en paz.

—No les hagas caso. Son unos petardos envidiosos.

—Es verdad, no puedo resistir vivir sin hurgar en las vidas ajenas.

—Cerdo.

Eran nuestros intercambios habituales, y me entregué a ellos con la naturalidad que lo presidía todo. Me senté en mi rincón, me recliné en el fondo del asiento y pedí mi café vienés de siempre.

—En serio, en qué andas.

—Una herencia.

—¿Que te ha tocado o que te va a tocar?

Hubo risas. Yo apuré el interés, consciente de que de todos modos preguntaban en serio, de que realmente querían saber qué llevaba entre manos en esos momentos.

—Una herencia lamentable. Una herencia imposible.

—Fantástico. Está mucho más claro.

Trajeron mi café, y hurgué en la nata con la pajita sin mirar a ninguno de ellos.

—El padre de mi cliente murió mencionando unos documentos ocultos en una finca familiar. No saben qué clase de documentos. No se han preocupado de buscarlos durante los últimos cuarenta años.

—Bien —dijo Julio—. Eso es prometedor. ¿Vas a comprarte una pala para cavar o un detector de metales?

—¿Queréis dejarle en paz?

Marta ya había salido en mi defensa. Le dediqué una mirada rápida y seguí removiendo con la pajita.

—El primer problema no son los documentos. Es la finca.

—¿Demasiado grande como para buscar? ¿Demasiado pequeña como para esconder un sobre? —dijo Andrés. Levanté la vista.

—La familia no tiene ninguna finca. No recuerdan haberla poseído jamás.

Bea me miró con esa expresión que pone cuando va a dedicarme un comentario profesional. Le cambia la expresión cuando trabaja.

14

—Supongo que ya has consultado los registros de la propiedad.

Asentí mientras decía:

—Demasiado fácil. Es obvio que la finca no les puede venir en línea directa. Tiene que ser o una herencia antigua que no llegó a cambiar la titularidad o una propiedad más antigua aún de una rama lateral de la familia.

Paula frunció el ceño.

—¿Has pensado que tal vez no exista? ¿Que pudo ser el delirio de un agonizante o una simple invención?

Yo me encogí de hombros.

—La gente te contrata para que busques lo que ellos quieren, no para que les digas que crees que les mintieron.

Marta me miró con seriedad. Cuando habló, su voz era muy seria y muy calmada:

—Estoy segura de que tú no crees eso.

La miré a los ojos.

—No, no lo creo —dije.

Hubo un pequeño alboroto de voces cuando todos empezaron a hablar a la vez, discutiendo entre ellos las posibilidades de que el padre de mi cliente fuera un embustero o un soñador. Julio rompió el debate con otra pregunta:

—Un momento, ¿lo que les interesa de verdad es la finca o los documentos?

Sonreí y le apunté con el dedo como si se tratara de una pistola.

—Diana —dije—. La finca no importa. Mi cliente quiere saber qué había en esos papeles.

—¿Por qué? —dijo Bea—. Tendrá algún motivo especial para eso.

—Lo tiene.

Marta frunció el ceño, y yo sonreí de nuevo para mis adentros. Cómo me conocía.

—¿Cómo murió su padre? —preguntó.

Tardé un segundo en responder:

—Le pegaron un tiro. Era policía, en la segunda mitad de los años sesenta.